análisis de Bolívar en varios aspectos y fundamentalmente como "unidad del pensamiento americano", en estos días en que las más grandes naciones del continente predicán la concordia y la perfecta armonía entre los pueblos del Nuevo Mundo, que rechazan los oprobios de la fuerza y los despliegues de la invasión extraña.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO,
Quito, Ecuador.

ALEJANDRO REYES, *Motivos del puerto y otros poemas*.—Santiago, Editorial Nascimento, 1942.

En el ruido del mundo actual que siente su fatiga y su sangre, estos poemas tienen una resonancia de huerto en reposo, y aunque aparezcan en su horizonte mástiles que se mueven en el viento errabundo, conservan el sello del poeta melancólico que los creara.

Reyes no busca el canto que inaugura nuevas modalidades líricas; mece su espíritu en la leyenda y brillo del mar o nos lleva de viaje por esta América nuestra y además tiene voces que perpetúan los nombres de poetas como Juan Egaña y Aliro Oyarzún, dos temperamentos anclados en la muerte antes que el sol de sus días ascendiera al cénit.

Alejandro Reyes cuida la forma de sus poemas y su expresión fluye armoniosamente y ya lo anime la visión densa del mar o de los puertos estridentes, sabe coger siempre en sus estrofas la luz del momento que deja al pasar su efíge fugitiva.

Parnasiano o simbolista, el poeta plasma en suave serenidad su himno y la nostalgia lo conduce a los años infantiles que se balancean arriba del tiempo, como dulces banderolas desaparecidas en el vaivén de las noches inolvidables.

La personalidad de Reyes no se limita únicamente a labrar la santa madera del verso, sino que además es un médico de corazón abnegado, que ha vivido a orillas de la angustia y que para distraer el sabor del llanto ha cerrado los ojos y canta conmovido.

Confiesa el poeta, en transparentes palabras, que sus estrofas debieron haber sido publicadas hace tiempo. Sin embargo, esta circunstancia no empaña el mérito de sus poemas, realizados con fervor y con un sentido de permanencia que prestigian a un alma que arde y eleva su ritmo musical.

La obra de Alejandro Reyes está dividida en *Motivos del puerto*, *Rutas*, *Elegías* y *Voces rezagadas* y el tema central que gravita en sus más claras estrofas es el mar, que lo inunda de melodía desde su infancia.

Hay poemas como "El ancla", "Beach Cumbers", de donde ha nacido el chilenoismo *bichicuma*, "Envío" y otros, en los que la inspiración del

lirico vaga con la seguridad del que vive en su elemento, desde la entraña en que nace el canto y la tristeza.

A veces, entre los mástiles de estos versos nos parece vislumbrar la sombra sublime de Charles Baudelaire, aunque no hallemos en las imágenes de Reyes influencias del lacerado autor de *Las flores del mal*.

En *Rutas* desfilan puertos del Pacífico con su colorido especial y ese murmullo que se interna en el pecho del viajero, que coge en su espíritu cielos, panoramas, sonrisas de mujeres, lamentos de la tierra herida al andar.

En *Elegías* se evocan figuras de Juan de Egaña y Aliro Oyarzún, y el recuerdo alumbra con ese tenue resplandor con que asistimos a las exequias de los que han desaparecido en mitad de la esperanza, sin que su labor artística hallara el molde definitivo.

Alejandro Reyes entrega en su obra un jirón de su pasado armonioso y lo hace con la serenidad de quien avanza en la tierra al compás de sus sentimientos, sin premura ni cansancio, y da a la vida su voz en la que ha dejado el mar cristales y espumas.

Los poemas de Reyes responden a una sed de belleza, mantenida desde sus horas de adolescente, cuando en el rostro de todas las cosas presentía el poeta la solemne cadencia del océano.

Veamos en sus cantos a un caracol de nuestras playas y llevémoslo al oído para escuchar su rumor perseverante, y de este modo la luz del poeta será nuestra.

ANGEL CRUCHAGA S. M.

MANUEL CALVILLO, *Estancia en la voz*.—México, Tierra Nueva, 1942.

Ninguna de las nuevas voces de la poesía joven de México posee la fluidez del sentido poético que en Manuel Calvillo se hace patente, quizás no como una virtud sino como una forma natural de íntima expresión. Hay en él una arraigada creencia en la poesía, ya no ideas sobre ella ni discursos a su costa, sino esa seguridad con que se llega al mundo, encontrándose ahí, advertido por la propia voz, como sobre un terreno conocido por el sentimiento, donde ser es estar viviendo en una nueva verdad, en la verdad más suya, en sí mismo transportado a lo más entrañable, a lo que más define, a la más clara expresión de la existencia: el amor. Amor sería el verso mismo, porque en él y por él se verifica la forma poética, se hace realidad del ser, justificación de la propia vida. En Calvillo no es el amor una simple forma o fórmula de poesía, sino la poesía misma, la base única sobre la que se apoya para crear el verso, y así, en un gozo tan íntimo cuanto más íntima resulta su expresión, apoya su obra que, aunque apenas iniciada, apunta ya como una de las más verdaderas de nuestro ambiente poético. Su primer pequeño libro,